

SI LA MAYORIA SE LO PIDE, AYLWIN GOBERNARIA DOS AÑOS MAS

Por Tomás Borge

Sobre las blancas camisas, las corbatas de colores y los ternos oscuros de los delegados a la reciente reunión de la Conferencia Permanente de Partidos Políticos de América Latina (COPPPAL), cayeron sin piedad los tres grados centígrados de Santiago de Chile, ciudad atractiva y contaminada por el smog y los malos recuerdos.

Luis Donaldó Colosio no encogió los hombros ni alteró la expresión, porque no le hubiera lucido a su papel de presidente de la COPPPAL y del PRI y a su fama de infatigable. Yo no me quejé porque es importante mantener el prestigio de guerrillero.

Ese mismo día, hablamos con el Presidente de Chile, Patricio Aylwin. Fue un encuentro para intercambiar apretones de mano y tomarse fotografías. Allí el senador Anselmo Sule le pidió al mandatario que me concediera esta entrevista, que de inmediato aceptó.

En Valparaíso, reunidos en el edificio del Congreso --la construcción más grotesca de Chile--, dirigentes de 40 partidos políticos hablamos con torrencial entusiasmo sobre la integración regional y otros temas acumulados desde el congreso de Buenos Aires, celebrado la víspera de la invasión a Panamá.

Sin duda, es el más importante de cuantos encuentros ha realizado la COPPPAL. La declaración sobre Cuba fue ecuaníme y valiente; y, entre otras decisiones, se tomó la muy importante de dirigir una carta a los Presidentes que se reunirán en

Guadalajara el próximo 18 de julio.

Visité los barrios pobres de Valparaíso y Santiago. Los pobladores me hablaron con esperanza del Presidente Aylwin, lo que no dejó de sorprenderme. Casi todos; con simpatía y respeto. Igual, se quejaron de las limitaciones de la democracia chilena, y expresaron algunos temores...

"En esta transición democrática se les prohíbe a los muchachos el pelo largo y que se reúnan en las esquinas durante la noche. Los carabineros los detienen y los maltratan", me dijo a coro un grupo de vecinos del asentamiento Digna Rosa, en la periferia de la capital.

En fecha reciente, Chile ganó un campeonato latinoamericano de fútbol. El equipo Colo Colo venció a todos sus contendientes y una multitud, compuesta en lo fundamental por jóvenes, se lanzó jubilosa a la calle. La policía la disolvió con bombas lacrimógenas y a garrotazo limpio.

Esto me lo informó un sacerdote hermoso como un dios mitológico que, habiendo nacido en una familia millonaria de su país, vive en una humildísima vivienda de los barrios marginales de Santiago, con el rostro feliz y luchando por los pobladores.

Con especial violencia, los carabineros han enfrentado todo intento de manifestación de las mujeres. El pasado 8 de marzo, cuando celebraban su Día Internacional, la represión cayó sobre ellas. Esto lo supe después de entrevistar al Presidente de Chile.

Llegué puntual a la cita. Patricio Aylwin es alto, de gestos ponderados, sencillos. Me esperaba sonriente, y sólo dejó de sonreír cuando le pregunté sobre Cuba. Parece un hombre destinado

a las páginas de los manuales de historia y con nostalgia de hogar y de biblioteca. Este fue nuestro diálogo:

--El mundo de hoy, Presidente, ¿retrocede, se ha detenido o avanza?

--En lo referente a la historia, creo en aquello de la tesis, la antítesis y la síntesis. Considero que estamos pasando por un período de síntesis, en que fórmulas contradictorias están encontrando un camino de conciliación; en que valores defendidos por unos --fundamentalmente, la libertad individual-- y valores defendidos por otros --fundamentalmente, la justicia social y la solidaridad-- tienden a conciliarse en fórmulas que, lejos de ser perfectas, constituyen un paso adelante.

--Yo creo, por ejemplo, que los campamentos de concentración nazi ya no son posibles...

--Exacto. La dictadura que hubo en Chile tampoco es posible.

--¿Quiere usted decir que, en general, el mundo avanza?

--Sí.

--¿Hay salida para la dependencia, el subdesarrollo?

--Debiera haberla. Esto exige, a mi juicio, que los países dependientes y en vías de desarrollo tengamos políticas coherentes y nos ayudemos unos a otros.

--¿Y usted cree que el Tercer Mundo le va a pisar los talones alguna vez al Primer Mundo?

--No sé si llegue a pisarle los talones... pero al menos pudiera defenderse mejor. Si trabajáramos coordinadamente podríamos ser más eficaces.

--He hablado con algunos dirigentes relevantes de América Latina, y me han dicho que el neoliberalismo no es viable en

países como los nuestros. ¿Qué piensa usted?

--El neoliberalismo químicamente puro, yo participo de que no es viable. Si no hay una acción del Estado para defender a los sectores pobres, para promover la justicia social, en estos países la práctica del neoliberalismo ortodoxo conducirá a un grado de desigualdad que rompería cualquier esquema.

--La plaga del cólera afecta también a Chile...

--Por desgracia. Pero felizmente ha sido en pequeña medida, pues sólo hemos tenido 41 casos, de los cuales dos han sido mortales.

--¿Será el cólera una simple epidemia o un símbolo de estos tiempos?

--Cólera ha habido en muchos tiempos; cólera ha habido en otros tiempos con mucha más orfandad. Yo creo que realmente es una epidemia.

--La integración latinoamericana, ¿una posibilidad real o quimera política?

--Yo digo que es una posibilidad pero que requiere bastante tiempo para realizarse. Hay que avanzar hacia ella con realismo y dando pasos concretos no demasiado ambiciosos. Para mí es una pena que los latinoamericanos llevemos casi dos siglos hablando del sueño de Bolívar y hayamos avanzado tan poco.

--¿Continuamos balcanizados?

--Exactamente.

--¿Pero es posible la integración?

--Yo creo que es posible.

--¿Qué importancia tuvo la reciente reunión de la OEA, de la que su gobierno fue anfitrión? ¿Qué opinión tiene sobre esta

organización?

--En general, los latinoamericanos tenemos motivos para sentirnos insatisfechos de la OEA. Creo en que los últimos tiempos la OEA ha sido un organismo formal y, al mismo tiempo, ineficaz. Tengo la impresión de que se está adquiriendo conciencia de sus limitaciones y de la necesidad de introducirle cambios. La reunión efectuada en Santiago fue expresión de esto; un comienzo moderado, no sensacional, de toma de conciencia de esa realidad y de la necesidad de darle otro ritmo a la OEA.

--La reunión de presidentes iberoamericanos que se celebrará en México, a mediados de julio, pareciera que va a ser un hecho trascendente.

--Así lo espero. Ojalá que nuestra presencia en ella pueda ser útil a la causa del desarrollo y del progreso de los pueblos de Latinoamérica y el Caribe.

--¿Qué piensa usted de la llamada Iniciativa Bush?

--Es una iniciativa que corresponde a los tiempos que vivimos, y significa un cambio importante en la posición tradicional de Estados Unidos frente a los países del Sur. Habitualmente, Estados Unidos tuvo políticas de protección --como la Alianza para el Progreso, nacida del Informe Rockefeller--, que incentivaron las prácticas antisubversivas. Fueron estas prácticas las que condujeron, durante tantos años, al surgimiento de gobiernos dictatoriales. Creo que por primera vez un presidente norteamericano plantea la posibilidad de que Estados Unidos sea socio de nuestros países. Y esto es una posibilidad interesante.

--¿Cree que Estados Unidos será un socio en igualdad de

condiciones con los países de América Latina?

--Es casi imposible... La diferencia de poder es tan grande que la igualdad resulta más bien simbólica. Una igualdad real sólo podemos conquistarla en la medida en que nosotros estemos unidos.

--¿Chile busca relaciones de libre comercio con Estados Unidos, igual que México?

-Para Chile, y para los países latinoamericanos en general, la posibilidad de tener acceso con nuestros productos, en igualdad de condiciones y sin trabas de ningún tipo, al mercado norteamericano, podría significar un progreso económico importante.

--¿Cree usted que en este siglo tan turbulento va a sobrevivir la Revolución Cubana?

--Difícil pregunta. Yo creo que la Revolución Cubana constituye un hecho histórico que está ahí y que no vuelve atrás. Mi visión es que el régimen de Cuba se ha quedado un poco fuera de los tiempos, y que la capacidad genial de Fidel Castro debiera llevarlo a buscar fórmulas de democratizar el sistema cubano.

--¿Y qué es para usted democratizar el sistema cubano?

--Aceptar las reglas de un juego democrático, con pluralismo político y con generación de los poderes públicos por elección libre del pueblo.

--Llama la atención que Chile no haya reanudado, en esta nueva etapa, relaciones diplomáticas con Cuba.

--Espero que ese problema se pueda solucionar dentro de poco. Nosotros hemos sido muy claros al respecto, y la dificultad consiste en que en Chile operan grupos que, a pesar del

establecimiento del sistema democrático, han permanecido adictos al empleo de la violencia... Y estos grupos tienen vínculos con el régimen cubano. En la medida en que esto se esclarezca en un sentido positivo, nosotros estaremos por restablecer esas relaciones.

--Con todo respeto, este es un argumento viejo, de político menos lúcidos que usted. El propio Presidente del Senado se expresó en términos positivos de Cuba en la inauguración de la COPPAL. Otros dirigentes políticos chilenos --como Andrés Alamarque, Presidente de Renovación Nacional-- comparten esta opinión. He percibido aquí un ambiente propicio para restablecer las relaciones con Cuba, de aclarar cualquier malentendido. Si hay algún remanente de lo que usted afirma, se superaría con rapidez al restablecer esas relaciones. El interés de Cuba, si bien no está por encima de sus principios, puede ser un elemento importante en el cuidado de su relación con Chile.

--Yo partí de decirle que espero que las relaciones con Cuba se restablezcan dentro de poco.

--¿Cree usted que está salvada, en Chile, la contradicción entre el poder civil y el poder militar?

--Yo diría que sí. Creo que el grueso de las instituciones armadas han entendido que tienen que recuperar su papel histórico tradicional, y alejarse de la actividad política. Naturalmente, usted no puede esperar eso de todos, en especial de quienes han estado tan comprometidos en el ejercicio del poder, como el general Pinochet. Pero creo que la forma como han ido evolucionando las cosas nos permite mirar con tranquilidad el porvenir.

--¿Pinochet es un problema o es la alternativa de un complejo de problemas? ¿Es preferible Pinochet a otros problemas?

--No sé. Yo creo que el problema va desapareciendo.

--Otro jefe militar, ¿sería un mayor problema?

--No. Creo que, por regla general, otro jefe militar no tendría el protagonismo político que tiene Pinochet.

--Según se anunció semanas atrás, una fracción del Frente Patriótico Manuel Rodríguez está dispuesta abandonar la lucha armada. ¿Cuál es la posición suya al respecto?

--Yo manifesté de inmediato mi satisfacción y considero el hecho muy positivo; ojalá todos optaran por ese camino. Al principio pensé que habían adoptado esa posición en su totalidad. Lamentablemente no es así. Hay un pequeño grupo del Manuel Rodríguez y de las Brigadas Lautaro que siguen generando violencia. No se sabe concretamente el responsable, pero hoy día se dio un atentado contra un funcionario de Investigaciones que tiene una hoja limpia...

--¿Y serían ellos?

--No tenemos pruebas en este momento, pero nos parece. No sé de qué otro sector pueda provenir una acción de ese tipo, sino de ese lado.

--Una pregunta simple y al mismo tiempo compleja, ¿están garantizados en Chile, hoy, los Derechos Humanos?

--Yo le digo, respecto al presente y el futuro, categóricamente: sí. Respecto al pasado, de las violaciones que ocurrieron, la reparación de lo que eso significa es una tarea bastante difícil, y aún no puedo considerarme satisfecho con lo que hemos hecho. Hemos avanzado pero falta mucho por hacer.

--Su discurso con motivo de la presentación del llamado Informe Rettig, donde se habla de verdad y justicia, me pareció un discurso armonioso y ponderado. Se habla de la verdad como algo que se descubrió y se sacó a la superficie y se habla de la justicia posible. Algunos me han dicho que una justicia posible no podría ser considerada justicia, aún teniendo en cuenta que ni la verdad ni la justicia pueden ser perfectas.

--Yo diría que hoy en día la verdad es compartida por la inmensa mayoría de los chilenos, ya son muy pocos los que niegan los hechos o pretenden justificarlos. Y la justicia entraña una serie de cosas: la reivindicación moral --y a eso la verdad contribuye por sí sola--, la reparación económica, la sanción de los culpables, el establecimiento de la responsabilidad y el consiguiente castigo. La reparación es una cosa que espero que, en la medida en que sea posible, la logremos mediante la ley que está en el Congreso. El establecimiento de las responsabilidades y el castigo, yo los veo como una posibilidad, diría casi excepcional, porque está vigente una ley de amnistía. No tenemos medios para derogarla, no contamos con la mayoría requerida en el Congreso para derogar esa ley. Además, los tribunales tienen una interpretación muy generosa de esa amnistía --que, a nuestro juicio, es restrictiva--, según la cual deben investigarse todos los casos a pesar de la ley. Por último, reunir las pruebas para establecer quiénes son los culpables en cada caso es sumamente difícil. En consecuencia y para serle franco, no creo que haya posibilidad práctica de éxito de muchos juicios para sancionar a los culpables.

--Entiendo. Pero, ¿existe la posibilidad real, entonces, tal

vez como contrapartida, como un acto de justicia o de generosidad --porque la generosidad y la justicia casi siempre van de la mano-- de liberar a los llamados presos políticos?

--Mire, existen dos caminos para hacerlo. Uno, que es el camino que elegimos, el de no actuar por iniciativa propia, sino por proposición de la oposición en el Congreso, y que el Presidente indulte a los procesados. Pero sólo puede hacerlo una vez que haya sentencia condenatoria, porque no se puede perdonar una pena que no se ha impuesto. Todas las solicitudes que se me han presentado las he acogido, llevo más de ciento cincuenta indultos dictados. Quedan poco más de cien presos con procesos pendientes, y mientras no haya sentencia no los puedo indultar. He dicho que tan pronto estén en condiciones, resolveré cada caso en conciencia. Ahora estamos adoptando medidas para trasladar los procesos de la justicia militar a la justicia civil, y para acelerar esos procesos a fin de que tengan sentencia lo antes posible y de ese modo poder yo ejercer la facultad del perdón... La otra solución sería una nueva ley de amnistía, que podría terminarlo todo de inmediato y que entrañaría condiciones favorables para ambos lados. La amnistía vigente cubre las violaciones de Derechos Humanos cometidos durante la dictadura sólo hasta 1978, y hubo muchos hechos posteriores. Una nueva amnistía significaría la disposición de perdonar también los hechos posteriores a la fecha antes mencionada, cosa que realmente los propios presos políticos no aceptarían. Tienen cierta razón, yo los entiendo, no se trate de la misma situación, no es justo que se les equipare.

--¿Cuáles son los principales problemas de Chile que su

administración no podrá resolver?

--Los cinco millones de pobres. Espero que se reduzcan en algo, y que en todo caso, al término de mi gobierno sean menos pobres de lo que eran cuando yo asumí.

--Muy poco cuatro años. No se elimina la pobreza por decreto...

--Uno puede tener mucha voluntad, pero son cambios que requieren tiempo. En todo caso, creo que vamos a lograr cambios importantes.

--Oí decir que sería bueno que Usted alargara su período a seis años. ¿Por qué no quiere decir nada sobre eso? Hasta ahora guardó silencio...

--Siempre me he opuesto a esa hipótesis, Aunque fuera el Parlamento quien me lo pidiera, no aceptaría. Sostengo que fui elegido por un período de cuatro años, que ese fue el período convenido. Yo mismo sostuve que el período del primer gobierno debía ser un período corto, para consolidar la situación y para garantizar, de aquí en adelante, que se jueguen limpias todas las reglas. Una prórroga de mi mandato a espaldas de la voluntad del pueblo la consideraría poco honesta. Y como no hay mecanismo constitucional para hacer una especie de plebiscito sobre la materia, entonces no lo veo viable. Para serle franco, creo que van a ser muchos los candidatos que surgirán de aquí a un par de años, y que no van a tener ningún interés los partidos en prorrogarme el período.

--¿Y cuál sería el mecanismo que legitimaría una ampliación de su mandato?

--Tendría el Congreso que aprobar una reforma constitucional

autorizando a convocar un plebiscito.

--Y si eso ocurriera, ¿usted aceptaría?

--Bueno, si la mayoría clara del país, en un plebiscito...

--Si la mayoría del país, en un plebiscito, decide que Patricio Aylwin prolongue su período, ¿usted aceptaría?

--Eso es. Creo que en ese caso no me podría negar.

--Yendo un poco más allá de las fronteras de su gestión gubernamental, usted dijo hace poco a un grupo de dirigentes de la COPPPAL que "si no somos capaces de derrotar la pobreza ninguna democracia va a ser estable". ¿Cómo piensa usted derrotar a la pobreza, cómo piensa que se pueda derrotar?

--Es un proceso que no es corto, que nada tiene que ver con los milagros. Dos esfuerzos simultáneos se tienen que conjugar; uno, de crecimiento económico, y otro, de justicia social. El esfuerzo de crecimiento económico va ligado al estímulo de las actividades productivas, fundamentalmente al surgimiento de nuevas actividades productivas. En nuestro país tenemos posibilidades inmensas en el plano forestal, en el plano de la pesca, en el plano minero, que no están siendo cabalmente utilizadas; allí hay rubros en los cuales este país pudiera llegar adquirir niveles de desarrollo mucho más amplios. Es indispensable también que seamos capaces de pasar de la etapa de productores de materia prima y de exportadores de materia prima, a una etapa de exportadores de productos con mayor valor agregado. Por ejemplo, en lugar de exportar rollizos de madera, exportemos madera aserrada o muebles; en lugar de exportar frutas naturales, y sin perjuicio de exportar frutas naturales, también exportemos conservas. Indudablemente, ese es un aspecto, el

crecimiento de la capacidad productiva del país. A mi juicio, esto no va a terminar con la pobreza si no va acompañado de una clara y definida política de justicia social, de simple defensa de los trabajadores, de vigorización de sus organizaciones sindicales. En decir, que deben emprenderse acciones que abran posibilidades económicas a los sectores más postergados, así como en materia de salud, de educación, de capacitación para el trabajo, de vivienda. Es un esfuerzo inmenso y creo que todos nuestros países padecen, en menor o mayor grado, el mismo drama. Por un lado, incrementar sus riquezas, y por otro, distribuirla con equidad.

--Desde esta perspectiva, ¿cómo valora usted el gobierno de la Unidad Popular.

--Yo fui un opositor al gobierno de Unidad Popular, habiendo contribuido con mi voto en el Senado y con mi participación activa a su instalación. Digo con mi participación activa, porque fui uno de los que negocié, junto con Salvador Allende, lo que se llamó el Estatuto de Garantías Constitucionales. Creo que el gobierno de la Unidad Popular estaba plagado de buenas intenciones, en el sentido de querer implementar el progreso chileno, y sobre todo de hacer justicia a los trabajadores pobres, pero los caminos que escogió fueron equivocados, pues la política económica estuvo muy errada y condujo a una parálisis productiva... La consigna política del poder total --que asustó a muchos, incluso a mí, lo confieso-- me parecía la negación de toda la historia de nuestro país, y condujo al fracaso en sistema de esa experiencia.

--Se han emitido muchos juicios sobre Salvador Allende,

¿cuál es el suyo?

--Yo siento respeto por Salvador Allende, fui colega de él en el Senado, lo conocí a lo largo de su extensa trayectoria política. La falla de Salvador Allende fue, en lo fundamental, que en cierto modo renunció a manejar él las cosas, y aceptó la subordinación al conjunto de partidos de la Unidad Popular. Al llamado CUP, Comité de Unidad Popular. Sus decisiones se paralizaban mientras no se ponían de acuerdo todos los partidos, y como costaba mucho que se pusieran de acuerdo el gobierno se fue trancando. Lo digo no sólo por mi experiencia, sino por lo que he leído de uno de sus asesores más directos. Se cuenta que Salvador Allende, después de las elecciones de marzo de 1973, planteó que habían tres alternativas: una, llegar a un entendimiento con la democracia cristiana; otra, convocar a un plebiscito, y otra el enfrentamiento. Exigió una decisión, y se declaró personalmente como partidario de la primera, o sea, de llegar a un entendimiento con la democracia cristiana. Según estos testimonios, a comienzos de septiembre de 1973 Allende no había logrado que el Comité de Partidos de la Unidad Popular se pronunciara, porque ellos más bien querían una fórmula... Los socialistas se han hecho sobre esto una autocrítica muy honesta, muy digna de celebrarse, porque cuesta reconocer cuando uno se equivoca.

--A propósito, si usted volviera a vivir aquellos momentos, ¿asumiría el mismo papel?

--Tal vez. Me juzgaría más de lo que me juzgué por llegar a un acuerdo, por lograr una evolución. Es decir, tendría más conciencia del daño que significaba la ruptura.

--Supe por su antiguo chofer que a usted le gusta escalar el cerro San Cristóbal, que tiene varios hijos, y que le fascina la lectura. ¿Qué obras prefiere?

--Ahora tengo poco tiempo para leer. Mis preferencias son bastante variadas. A mí me gustaba leer bastante de política, de filosofía, pero muy poco de economía, porque no es mi especialidad. Por otro lado, me gusta mucho leer versos, a Pablo Neruda, a Gabriela Mistral, y a otros poetas...

--¿Cuál es su autor preferido?

--Mi autor preferido, depende de qué cosa. Si usted me lleva a la lectura de las novelas de nuestro tiempo, me quedo con García Marqués.

--Y del lado de la poesía, ¿con Neruda?

--Me quedo con Pablo Neruda.

--Yo estuve en Isla Negra, el día de ayer, y me quedé conmovido viendo todo. Me sentí rodeado de metáforas y de conchas de mar, casi pude tocar la piel de Neruda. Creo que pronto van a enterrarlo allí. Sería bueno que, por encima de viejas discrepancias ideológicas, le hiciesen un homenaje nacional.

--Sí.

--Sé que usted es un hombre muy austero, muy dedicado a su familia, a sus hijos...

--Tengo cinco hijos, cuatro casados y uno que espero que se case pronto.

--¿Cuál cree usted que sea su principal defecto?

--Es difícil. Uno no es muy juez de sí mismo. Algún tiempo atrás yo le habría dicho, sin vacilar, que cierta voz de mal genio, pero curiosamente con los años se me ha ido componiendo.

Tal vez otro defecto mío sea que pienso mucho las cosas antes de decidir; por eso, mucha gente temía que mi gobierno fuera un gobierno indeciso. Gracias a Dios hasta ahora he tenido la capacidad de decisión oportuna.

--¿Le gusta ser presidente?

--No me disgusta, pero tampoco me entusiasma. Cumplo esta tarea como cumpliría cualquier otra. Tal vez me gustó más ser Presidente del Senado. Aquella responsabilidad, eso de estar en permanente diálogo y debate, administrando entre gente que disputa y participando al mismo tiempo, es muy interesante. Ahora bien, la función de Presidente de la República es apasionante pero al mismo tiempo desgastadora. Hay mucho contraste entre lo que uno quiere y lo que uno puede.

--¿Y cuál es su principal virtud?

--Procuró ser siempre veraz.

--Por ahí oí decir, cosa que me sorprendió un poco por cierto, que era la modestia. Me lo dijeron gente de pueblo que no le gusta cortar cintas. Según ellos, usted no hacía ostentación de su alto cargo. Otros dicen que la honradez...

--Veo que usted ha estado auscultando por ahí...

--¿Tiene usted algún remordimiento histórico?

--Hay siempre motivos para arrepentirse de errores que uno ha cometido.

[Favor acusar recibo al FAX 44807 Managua]